

Fraga, un norteamericano de pro (I)

Manuel Fraga Iribarne ha muerto. Eso ya no será noticia para casi nadie. Escribo para reparar una afrenta pasada de Arturo Pérez Reverte, a cuenta de lo sucedido en una visita a Granada del ilustre gallego. Fue titulada [Ni saben ni quieren saber](#) y no tuvo respuesta en su día porque, desde el punto de vista de los explotados, no se podía hablar en serio de España. El reciente reconocimiento mutuo de Madrid y Barcelona, de otras muchas ciudades con ellas y entre sí y el avance en el proceso de paz en Euskadi permiten darle hoy satisfacción oportuna.

La política de Manuel Fraga

Normalmente sólo se observa el parentesco de la política de Fraga con el viejo proyecto canovista en el ámbito de lo político, en la forma de estado: monarquía bipartidista, turnista y corrupta. Pérez Reverte comparte con casi toda la ciencia política española, basada en el *autoritarismo franquista* de Linz, el error de pensar en la “extraordinaria *transición* de los setenta”, sin dar la importancia debida a la revolución burguesa desde arriba de los sesenta. Como no puede ser de otro modo, lo que permite una verdadera comparación es oculto, y proviene del ámbito de la política, de la lucha de clases: el objetivo de transformar a la aristocracia castellana en burguesía dominante de las catalana y vasca.

La importancia política de Fraga estriba en haber adaptado Cánovas a las condiciones de la hegemonía mundial norteamericana. Puestas y agotadas las esperanzas de una revancha de 1898 en manos de Hitler y Mussolini, la aristocracia castellana fue estrechando sus lazos con la burguesía norteamericana hasta hablar con acento tejanero. Si no puedes con tu enemigo, únete a él.

Su mayor mérito intelectual consiste en haber comprendido que la desventaja económica de la aristocracia castellana no era incompatible con su predominio político, ni siquiera durante su transformación en burguesía improductiva, precio a pagar por el protectorado norteamericano y la división internacional del trabajo que promueven. La subordinación política de las burguesías catalana y vasca vendría dada por la necesidad, aún más acuciante que en Castilla, de reprimir el comunismo. Es decir, vendría dada por la razón de su fortaleza económica: la explotación de una numerosa clase obrera productiva.

Sin negar que a Arias Cañete le queda mucho que pelear en Europa para defender las subvenciones agrícolas de la Casa de Alba, mucho tuvo que ver Fraga, como ministro de turismo, en el cambio de la forma



de explotar la tierra y a los españoles que decía servir. De aristócratas/campesinos a constructores/albañiles y hosteleros/camateros. Pero no conviene exagerar el papel de Fraga. La mayor parte del trabajo sucio que permitió el aburguesamiento de la aristocracia castellana es previo a él.

Nacido en 1922, es cierto, no concursó en la guerra contra la reforma agraria. Tampoco participó en el reparto de la tierra conquistada, esa práctica del botín de guerra tan castellana. La reconquista de la tierra colectivizada, excusa para la santa cruzada, fue lo de menos. Derrotado el pueblo, se produjo una verdadera conquista de las tierras que eran comunales antes de la guerra y de las pequeñas parcelas de los asesinados, de los presos, de los exiliados o, simplemente, de los que encontraron en su casa a un adepto al régimen cuando finalizó la guerra y quisieron volver. Los okupas más resistentes y mejor organizados del estado español.

Como alto burócrata, Fraga fue capaz de unir mucho suelo disponible, capital norteamericano y miles de campesinos, obreros e intelectuales liberados de toda propiedad en el ámbito rural del que procedían, fácil y continuamente hostigados por la persecución política y la censura. No fue difícil que acudieran a dónde encontrarían trabajo y recibirían cierta protección de la masa: a las costas y a levantar los suburbios y cinturones de Madrid, Barcelona y Bilbao.

Las burguesías catalana y vasca estuvieron satisfechas con su cuota de carne para explotar y, aunque nunca lo aceptarán en pú-

blico, con el grado de represión fraguista del comunismo. Ganaron el tiempo necesario para reconstruir su hegemonía local en torno a CiU y PNV, perdida antes de la guerra entre la población civil y los mercenarios marroquíes, los aviones alemanes y los blindados y la flota italianas.

El último ejemplo del funcionamiento del bloque en el poder, diseñado sobre el desarrollo desigual y combinado del capitalismo en el estado español, casi convierte a Fraga en un émulo de El Cid, ganador de batallas después de muerto. Al apoyo de CiU a los recortes del PP, por interés común de clase y en pos de un pacto fiscal que consideran única solución posible al déficit catalán, ha sucedido el anuncio por el mismísimo presidente Rajoy de que las comunidades autónomas con problemas serán intervenidas.



Pero esta pírrica victoria, quizás la última, es un síntoma del fracaso general de la política fraguista. La exportación del galleguismo populista y reaccionario a todas las autonomías gobernadas por el PP y el PSOE, última baza de Fraga para fragmentar la España real, evidenció su fracaso el 15 de mayo de 2011.

Los hechos y la afrenta

El 16 de octubre de 2006 Fraga acudió a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Granada para impartir una conferencia titulada *España y su futuro*, organizada por el decanato para abrir el curso 2006/07.

A la mayoría le fue indiferente la visita del *padre de la Constitución* más de derechas. Quienes estuvieron dispuestos a escucharle podrán decir si acertó. Hubo a quien no le fue indiferente, pero estimó que el futuro de España no pasaba por Fraga, como político activo, ni tampoco por sus ideas más democráticas, sacadas del siglo XVII inglés pero mamadas en castellano a través del fracaso de Cánovas y de la I Restauración.

Antes del acto, cinco organizaciones reparieron esta interesante semblanza: [Don Ma-](#)

[nuel Fraga, un español de bien](#). Al dar comienzo la conferencia alguien gritó: ¡Asesino!, ¡Fascista! El coro fue espontáneo. Pérez Reverte yerra estrepitosamente en la conclusión que saca de este hecho. Eran los únicos interesados en escuchar a Fraga, pero las preguntas que procedían eran aptas sólo para un tribunal. Dada la necesidad, en la que no se incurrió, de pensar que serían tomadas en consideración en un coloquio universitario, lo más que podría hacerse es grabar las respuestas y difundirlas por internet. No servirían como prueba. Al parecer, las grabaciones atentan contra el derecho burgués de ser una cosa en privado y aparentar otra en público.

Siguiendo con la narración de los hechos, la policía entró en la universidad en circunstancias poco claras, y se produjo el traslado del Salón de Actos al Salón de Grados; metáfora de la represión que necesitó la metamorfosis de negra oruga a naranja y azul mariposa, o del franquismo en II Restauración. *Transición...* ¡Menudo rigor!

La noticia del incidente fue de consumo estatal; los dirigentes del PP y del PSOE se sumaron a los medios para mostrar admiración y gratitud a Fraga y, de paso, lanzar todo tipo de improperios contra los que protestaron. Pérez Reverte, habitualmente crítico con el papanatismo rampante, hizo de corifeo. Disparó, con pistola falangista, un “imbécil analfabeto” que corrió a buscar en el diccionario; y, también, un “panda de tonos del culo” que no pudo encontrar en él, de calibre más similar al usado en Guernica. Debido a una mala práctica de la corresponsalía de guerra, los insultos no fueron dirigidos contra todos los que protestaron.

Buena parte de los que respondieron a los gritos de ¡Asesino! y ¡Fascista! eran miembros de un grupo de teatro. Se disfrazaron de cachorros de Nuevas Generaciones, con la intención de gritarle ¡Demócrata! y ¡Español!, a ver si a alguien se le caía cara de vergüenza. La espontaneidad precedió a la organización y ésta improvisó lo previsto, mostrando cómo la historia real de España había convertido “asesino”, “fascista”, “demócrata” y “español” en sinónimos. Sinonimia que alcanza tanto al “ministro competente”, que regaló Pérez Reverte a Fraga en 2006, como al “servidor público”, de los epitaños peperos y socialistas de anteayer.

Valentín Berrocal Ruiz